

4° Domingo Ordinario - A - (1 febrero 2026)

(So 2, 3; 3, 12-13; 1 Co 1, 26-31: Mt 5, 1-12a)

LAS BIENAVENTURANZAS, UN CAMINO DE FELICIDAD REAL



Hoy, Jesús nos lleva sobre una montaña. No es una montaña lejana, envuelta en nubes como la de Moisés en el Sinaí. No. Una colina sencilla, accesible, donde todo el mundo puede acercarse y escuchar. Esto es importante: Dios ya no habla de lejos. En Jesús se hace cercano, se deja acercar, nos habla de corazón a corazón. ¿Y qué nos dice? Una palabra que vuelve como un estribillo: "Bienaventurados..." "Las Bienaventuranzas no son órdenes, ni recetas para llegar a ser perfectos. Describen lo que viven los que caminan con Jesús. Nos muestran dónde está la verdadera felicidad, la que no depende de las circunstancias sino de la presencia de Dios en nuestras vidas.

Jesús comienza diciendo: "Bienaventurados los pobres de espíritu... Bienaventurados los que lloran... Bienaventurados los mansos..." Estas palabras pueden sorprender. ¿Cómo puede uno ser

feliz cuando falta, cuando sufre, cuando renuncia a la violencia? Jesús quiere decirnos esto: la verdadera felicidad no viene de lo que poseemos, sino de Aquel en quien ponemos nuestra confianza.

Ser "pobre en espíritu" es reconocer que necesitamos a Dios. Ser "dulce", es rechazar la violencia incluso cuando parece más fácil. Estar "de luto", es descubrir que Dios realmente nos consuela.

Jesús continúa: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia... Bienaventurados los puros de corazón..." "La felicidad nace también del deseo de vivir según Dios. Tener "hambre y sed de justicia" es querer que nuestra vida sea recta, verdadera, coherente. Tener "el corazón puro", no es ser perfecto: es querer permanecer claro, honesto, transparente ante Dios. Aquellos que sinceramente buscan a Dios descubren una paz profunda.

Bienaventurados los misericordiosos... Bienaventurados los artífices de paz... "La felicidad cristiana nunca es egoísta. Se comparte. Se da. Ser misericordioso es dejar que la compasión de Dios pase a través de nosotros. Ser artífice de paz es elegir la reconciliación en lugar del conflicto. El mundo tiene sed de esta paz. Y Jesús nos dice: Vosotros podéis ser sus portadores.

Jesús no oculta la realidad: "Bienaventurados los que son perseguidos por la justicia..." Cuando uno intenta vivir según el Evangelio, puede ser incomprendido, criticado, rechazado. Pero Jesús nos dice: No os desaniméis. Tu vida tiene valor a los ojos de Dios. La felicidad cristiana no es ingenua. Atraviesa las pruebas, pero no se apaga, porque se apoya en una promesa: Dios camina con nosotros.

Las Bienaventuranzas no son un ideal inaccesible. Son un espejo: nos muestran lo que Dios ya ve germinar en nosotros. Son un camino: nos invitan a avanzar, paso a paso, hacia una vida más verdadera, más sencilla, más luminosa.

Hermanos y hermanas, la felicidad que Jesús propone no es la del mundo. Es una felicidad profunda, sólida, que nace de la presencia de Dios, de la justicia, de la paz, de la misericordia. Pidamos hoy la gracia de dejar que estas palabras bajen a nuestro corazón. Que se conviertan para nosotros en una luz, un estímulo, una alegría. Entonces, sí, seremos realmente "felices".



Willi SELMAN, smm